

# El ser éticamente y su esencia emprendedora: bioética para la construcción de la autonomía en la formación

Son muchos los cambios que se afrontan en la vida. Quizás el más extraordinario es la autoconstrucción de sí mismo. Es la misión más sublime que la vida ha puesto en nuestras manos, donde la motivación esencial es perseverar en el propio ser. Lo esencial de este planteamiento es, al decir de Savater<sup>1</sup>, la ética como amor propio.

El amor propio es el impulso a hacerse cada día mejor, a hacerse más perfecto, a descubrirse y a utilizar las capacidades y dones de los cuales hemos sido dotados para vivir y ser felices. Esto es, que el ser humano, en su adaptación al medio y en su libertad de elección, utiliza toda su integralidad, biológica, psicológica, social, cultural y espiritual enfrentando posturas críticas donde requiere pensar autónomamente el modo cómo desea vivir, cómo desea asegurar los mínimos para su sostenimiento y desarrollo, cómo ampliar y potenciar sus capacidades, su excelencia personal y cómo configurar su proyecto de vida.

Siendo así, se necesita que la persona comprenda el significado de autoestima como el aprecio que tiene por sí misma, por lo cual, desea superarse cada día más, potencializando sus capacidades. Es la claridad sobre su independencia, la dirección que desea dar a sus acciones y el sentido que quiere dar a su vida. Es explorar en sí mismo aquella forma de ser única que le pertenece, su habilidad de escoger el rumbo que quiere tener y la forma apropiada de ejecutar todas sus capacidades, incluyendo aquello que está implícito en su ser, como son las tradiciones y la cultura. El sentido ético es, entonces, la búsqueda y defensa de lo que consideramos que nos conviene, aquello que nos beneficia. Es la capacidad de

inventarse a uno mismo diariamente, en todas las experiencias y aprendizajes de la vida. Finalmente, es autoafirmarse.

Sin embargo, nadie se hace a sí mismo: somos producto de una sociedad. Desde que nacemos estamos aprendiendo del medio, dependemos de él y vivimos en él y para él. Nuestra vida no tiene sentido más que dentro del marco social donde nos desarrollamos.

Si valoramos entonces las dos posturas, el ser en sí mismo y el ser social, estaríamos entonces ante el principio de lo moral: el conjugar la posibilidad de decidir autónoma y reflexivamente cómo se quiere vivir, con la necesidad de adaptarse al medio, de ser “alguien” dentro de la sociedad y, además, resolver los conflictos trascendentales del ejercicio de la existencia.



Este proceso de adaptación al medio, sin negarse a sí mismo, implica edificar la autonomía en dialéctica con la libertad y la evolución de los demás. Es ser en sociedad. Es asumirse indeterminado, en continua evolución, interiorizando cada vez más nuestros valores y talentos.

Para ello, se requiere que el ser humano atraviese por un proceso de cambios continuos, de etapas de vida, desde la total heteronomía hasta llegar a la autonomía. Para decirlo en otras palabras, la dinámica de la vida (el movimiento continuo de las personas, la naturaleza, las sociedades, de todos los seres vivos) hace que esa unidad organizada (la persona, el ser en sí), tenga un carácter intrínsecamente dinámico y en continua evolución. Es decir, el ser humano jamás está estático, es propio de sí mismo el movimiento.

En tal movilidad va teniendo cada vez más elevados y distintos niveles de organización y complejidad. Ese proceso que va logrando hacia la complejidad (que para cada individuo es gradual, personal e intransferible) lo fomenta su dar de sí, que va conformando su autonomía. Ese dar de sí es la capacidad de potencializar y entregar aquello que de hecho se tiene, es involucrarse dinámicamente en su mundo y actuar en él transformándolo y auto transformándose en el devenir de la dinámica de la vida. En tal acción sigue adelante, en ascenso o se detiene y busca otra forma de organización. Lo cierto es que en la medida en que logre mayores niveles de autonomía, logrará mayor perfección.

Hemos entonces subrayado tres frases: autoconstrucción de sí mismo, dar de sí e involucrarse dinámicamente en su mundo y actuar. Es aquí donde aparece el **ser emprendedor**. Este término es muy amplio, aunque para la presente reflexión voy a sintetizarlo, por ahora, según el último diccionario Larousse: ser "emprendedor es el que emprende con resolución acciones, que tiene iniciativas. Es aquel que da principio a una obra o empresa, en especial cuando exige esfuerzo o riesgo."<sup>2</sup>

Del mismo modo, según los términos morales, ser virtuoso es aquel que logra encontrar oportunidades

de crecimiento, de madurez en donde otros han sacado error, es el que genera progreso "a pesar de" incluyendo sus debilidades.

Se podría entonces decir, en un primer momento, que el emprendedor es para las empresas lo que el virtuoso es para la moral. Es la esencia del ser ético consigo mismo, el saber emprender nuestra vida, encontrando las oportunidades de crecimiento y madurez de ésta, gracias a la puesta en marcha de iniciativas, en constante dinamismo y generando en sí mismo nuevas estructuras que le permitan al individuo hacerse en y para la vida, transformando el medio y la vida misma.

Es en este punto donde prestamos atención al verdadero sentido de la autoconstrucción de sí mismo: el arte delicadísimo e impostergable de labrarse bien a sí mismo. Hacer florecer en el sí mismo, ese emprendedor dinámico, que da de sí para realizar el proyecto de vida que se desea, con óptima calidad de vida.

Con el fin de comprender más ampliamente la autoconstrucción del ser para llegar a ese ser éticamente y su esencia emprendedora, caminemos un poco sobre el proceso y construcción de la autonomía.

La autonomía la podemos ver como una capacidad del ser humano, como un producto realizable en proceso de desarrollo en formación sistémica. Esta actividad exige mucha laboriosidad de parte del sujeto en construcción, al tomar decisiones y responsabilizarse de las mismas y, así, dirigir su comportamiento con criterios propios justificados racionalmente. En ello, la persona debe reconocer la existencia de criterios morales que rigen la vida colectiva como el respeto a las personas, la igualdad, la dignidad, la solidaridad, la generosidad y otros. Esto exige un compromiso personal con el cumplimiento de dichos valores para la armonía bio-psico-social, cultural y espiritual que lleva al sujeto a seguir perfeccionándose y colaborar con la supervivencia y el futuro de la humanidad.

Esta autonomía supone entonces un comportamiento ético del ser humano, con la presencia de tres condiciones necesarias y suficientes que son: 1) La capacidad de anticipar las consecuencias de las acciones propias precisamente donde el emprendedor debe fomentar el reconocimiento de las implicaciones que tienen sus actos para sí mismo y para los otros; 2) La capacidad de hacer juicios de valor donde el emprendedor analice y abstraiga las normas ya establecidas, los actos realizados y evalúe su conveniencia o no para lograr la armonía; y 3) La posibilidad de escoger entre líneas de acción alternativas donde el emprendedor dé alternativas para la solución de conflictos, con actitudes propositivas, constructivas y dialogantes.

Este comportamiento ético va afirmándose a través de los diferentes grados de autonomía que la persona va alcanzando en su maduración física y psicológica en el transcurso de la vida. Por lo tanto, el fin de la educación es “lograr una adaptación optimizante, crítica y evolutiva. Es decir, no limitar las posibilidades de cambio, sino comprometer a los sujetos humanos en un proceso de cambios continuos regidos por la voluntad de mejorar la adaptación lograda en cada etapa anterior. La educación será pues un proceso siempre inacabado de adaptación al medio: un proceso de adaptación crítica”.<sup>3</sup> El apoyo educativo facilitará entonces la formación de la autonomía, la cual en su dinámica, superará estadios y se irá perfeccionando, adaptándose críticamente en el transcurso de la vida. Surge la pregunta, ¿cómo se forma esa autonomía?

Dewey estableció tres niveles de desarrollo moral: el nivel premoral o preconventional, el nivel convencional y el nivel autónomo. El primer nivel se caracteriza por una conducta guiada por impulsos sociales y biológicos. En el segundo nivel se incluirían las personas cuya conducta está determinada por los modelos establecidos en el grupo al que pertenecen. En este nivel los sujetos aceptan sumisamente la norma sin someterla a un proceso de reflexión crítica.



En el último nivel, o nivel autónomo, el individuo actúa de acuerdo a su pensamiento y establece juicios en relación con los modelos establecidos.

Por su parte, Piaget considera que el primer nivel es el premoral, en el que no existe sentido de obligación respecto de las reglas; el segundo, el nivel heterónomo, se define por la obediencia a la norma y por una relación de obligación sumisa a la autoridad y a las consecuencias que de este puedan derivarse. En último lugar se encuentra el nivel autónomo, donde el individuo tiene en cuenta el papel y las consecuencias de las normas o leyes, pero la obligación se basa en relaciones de reciprocidad. En esta propuesta los niveles propiamente morales serían los dos últimos: el nivel heterónomo y el nivel autónomo. Entre ambos se da una relación de sucesión, por la cual el niño pasa de la moral heterónoma a la moral autónoma. Por otro lado Kohlberg establece seis estadios en el desarrollo del juicio moral que se agrupan en tres niveles distintos: el nivel preconventional, el nivel convencional y el nivel posconventional. Para este autor los estadios superiores son más maduros que los estadios inferiores por cuanto suponen un crecimiento



y un mayor equilibrio en la estructura formal de razonamiento de cada individuo. Este crecimiento o desarrollo es doble. Por un lado se da el “crecimiento de la diferenciación”, que consiste en un aumento de la sensibilidad respecto a la diferencia entre el criterio que prima y el que debería ser tenido en cuenta. Mientras que la moral heterónoma únicamente percibe los que “es”, la moral autónoma percibe lo que “es” y lo que “debería ser”; es decir, es capaz de diferenciar el juicio o conducta real de la conducta correcta o deseada. Por otra parte hay también un “crecimiento de universalidad o integración” que se refiere a la medida en que el criterio moral utilizado sirve para cualquier tiempo, persona o situación. Los criterios empleados en los estadios superiores son más universales que los utilizados en los estadios inferiores.

Además Kohlberg considera que sólo en los estadios más elevados se da una forma de juicio propiamente moral, ya que el elemento moral aparece cuando la persona explica por qué actúa de esa determinada manera y en qué circunstancias justifica su conducta. También considera que hay valores y modos de sopesar derechos o exigencias mejores que otros. El principio de la justicia se contempla como superior a cualquier otra consideración moral y su presencia es más intensa y clara en los estadios posconvencionales que en los anteriores.

Podemos entonces decir, que de la misma manera como se va perfilando la autonomía, se va perfilando el ser emprendedor. Es decir, gradualmente vamos asumiendo nuestro liderazgo en el actuar mismo de nuestro existir, en la construcción de nuestra vida y en lo que proyectamos a partir de ella.

Es evidente que el proceso es gradual, en constante movimiento y, por supuesto, ascendente. No podemos constituirnos en emprendedores si no elaboramos etapas anteriores, si no trabajamos etapas de heteronomía, de aprendizaje, de aprender la dialéctica de dar de sí y recibir del medio. Aquí viene entonces la segunda frase subrayada, el dar de sí.

Muchos jóvenes en su elección, consideran que han puesto todo de sí, que ya superaron todas las etapas y que, por ende, ya son autónomos. Pareciera que

en verdad están haciendo lo que desean, al menos parte de lo que desean. Sin embargo, de alguna manera, pareciera que se han acostumbrado a la vida heterónoma, esperando que todo se les brinde y que todo lo aprendan sin compromiso ni reflexión. En sus actitudes buscan, quieren y desean ser autónomos. Vuelve a presentarse un conflicto de dependencia, independencia e interdependencia. Esperan recibir mucho y dar poco. Juzgar y valorar sin hacer el ejercicio reflexivo de la puesta en el lugar del otro, sin prestar atención a los argumentos de las otras partes y, además, sin admitir la legitimidad que puede haber en los otros puntos de vista.

Algunos consideran que con “hacer presencia” en clase ya están dando todo de sí. En el extremo opuesto, otros hacen alarde de muchos comentarios para que, de alguna manera, puedan sentir que son “los más expertos en clase”, “los más emprendedores”; en un tercer lugar, hablaríamos de quienes asumen posturas críticas, quizás con el objetivo real de aprender, pero que sin fundamento ni abstracción creen estar a la altura de un ejercicio analítico profundo.

Lastimosamente el ser emprendedor se utiliza como un marco de referencia pero no se le asume con todas sus implicaciones y características. Todos los estudiantes desean alcanzar la perfección, sentir que valen y que sirven para una actividad específica que les dará un puesto en la sociedad y dará sentido a su vida. Todos hemos pasado por ello y persistimos en ello. El éxito radica en el dar de sí. En involucrarse como un individuo complejo, etapa por etapa, en vivir cada paso en el momento adecuado y tomarse un tiempo para aprehender de las experiencias vividas. En asumir un compromiso de auto ajuste, entre las ambigüedades y las seguridades y dotarse de todas las capacidades y habilidades que lo constituyen para potencializar y actuar, y en procurar armónicamente el desarrollo de sí mismo y de la sociedad.

J. Bronowski señala que “el ascenso del hombre jamás se ha detenido. Mas el ascenso de jóvenes, el ascenso de los talentosos, el ascenso de los imaginativos se ha detenido prolongadamente en múltiples ocasiones (...). Restringieron la libertad de imaginación de los jóvenes, sólo hicieron uso real de

una diminuta fracción de todo el talento producto del género humano (...). No es la misión de la ciencia la de heredar la tierra sino la de heredar la imaginación moral, puesto que sin eso, tanto el hombre como sus creencias y la ciencia perecerán a un tiempo”.<sup>4</sup>

Esta es una justificación más para que el sentido de la ética como amor propio se ilumine desde la formación, en la educación de talentos humanos, de la imaginación moral, del despertar del emprendedor y dinamizador de procesos internos que lleve a dar de sí y potencie sus capacidades, las asuma, actúe y transforme el medio. No podemos detenernos; las estructuras vitales están buscando la perfección y tenemos el deber de facilitarles esa búsqueda, de facilitarles la superación de las etapas menos complejas a las más complejas, es más, de facilitárnosla a nosotros mismos.

Hay que dar libertad al emprendedor que llevamos dentro, en términos de metodología de vida. Es el ser, quién finalmente, debe ser totalmente emprendedor consigo mismo si realmente pretende alcanzar sus ideales, su forma y estilo de vida y sentir, que depende solamente de sí mismo, de su capacidad emprendedora. Entonces es aquí donde ética y educación es lo mismo: dar cuenta de sí, constituirse en sujeto que hace de su existencia una obra de arte. El emprendedor que hace de su empresa una organización dinámica y sólida, en constante avance, que se proyecta en una sociedad exigente, cambiante y que actúa en ella transformándola y transformándose. Este proceso, el del arte de reinventarse es igual a la libertad de experimentarse voluntariamente vivo.

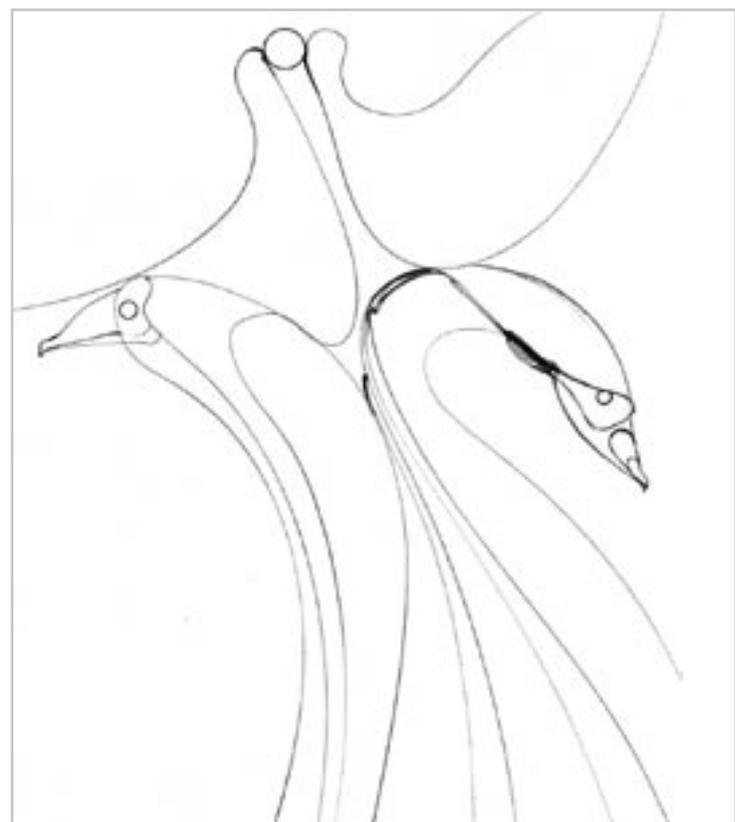
Finalmente, el involucrarse dinámicamente en el mundo y actuar presupone una madurez esencial, un logro de la capacidad de autonomía donde el ejercicio mismo del vivir intervenga sobre el grupo

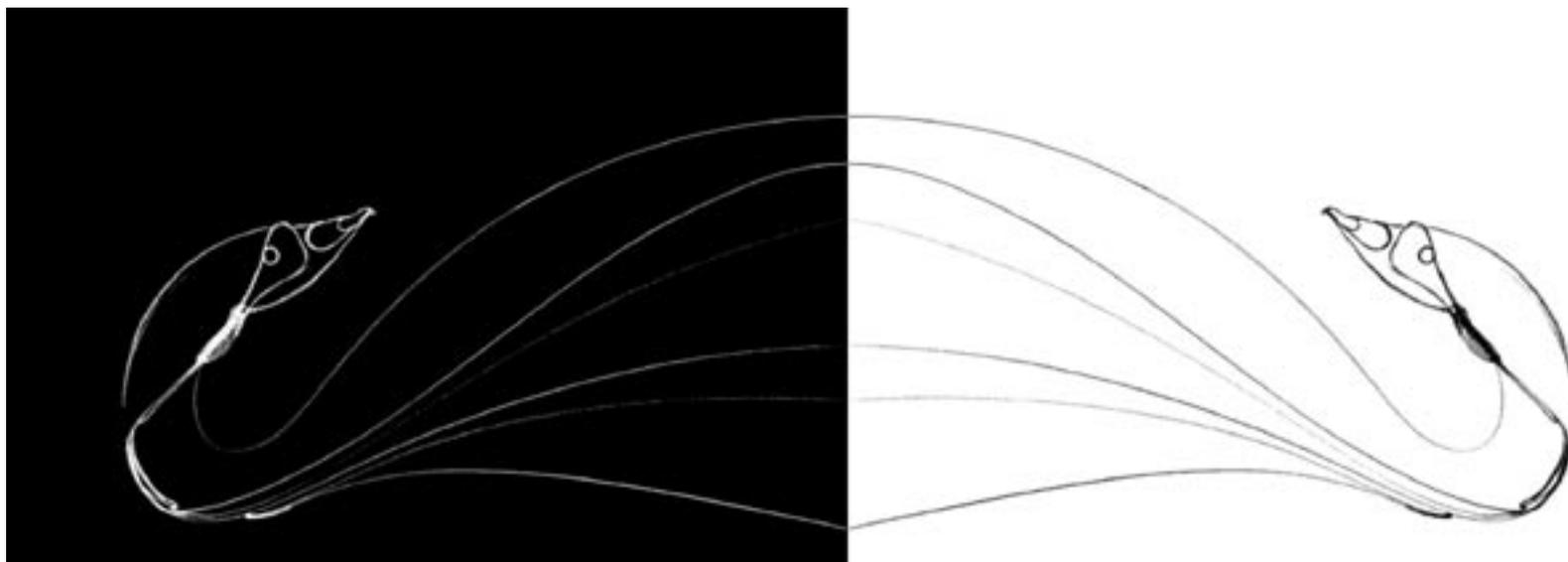
social, donde se gesten acciones creativas y se visualicen las oportunidades. Ese ser emprendedor que al dar de sí, se entregue al servicio de sí mismo y de su sociedad con todas las destrezas personales, sus capacidades de liderazgo, de conquistador, de impulsador, de transformador. Que, en consecuencia, siga potencializando sus capacidades y sea coherente con la calidad de vida que quiere para sí y para el medio.

Luis Alberto Granada, quien en el año 2000 ganó el premio al Colombiano Ejemplar, después de haber sido apoyado en la Fundación Niños de los Andes, dijo: “Uno puede cristalizar los sueños y las metas que se proponga. Los obstáculos son los retos propios de la vida, para que ella misma tenga sentido”.

El ganador del *reality* en el programa de la BBC de Londres, El aprendiz, donde Donald Trump busca enfrentar a los participantes a las pericias de ser un gerente, un emprendedor, dijo que en el proceso de su último trabajo, cuando se enfrentaba al más duro reto, pidió a Dios diciendo: “Señor: ayúdame a hacer lo mejor que puedo hacer y a ser todo lo que puedo llegar a ser”.

Esto es, en el pensamiento zubiriano, que las estructuras y las personas, van madurando y van complejizándose. Cuando en una estructura se alcanzan grados superiores de desarrollo, esto ya no





se debe a lo puramente biológico, sino que, al aparecer las conductas, cada vez más complejas, se dinamiza el plano mental y sentimental. Es decir, se va innovando, van aumentando los conocimientos y el desarrollo de su ser, por la dinámica ascendente de la autoconstrucción en el transcurso de la vida, en todas sus etapas de desarrollo, en la infancia, la juventud, la adultez, la vejez.

Es necesario y urgente que busquemos nuestros valores, que nos reencontremos con la vida. Es indispensable la unión, el resurgimiento del compromiso ético con nosotros mismos como seres humanos, como colombianos. Hay millones de valores en colombianos maravillosos. Hay talentos pujantes en ebullición que no se pueden desperdiciar. Hay que erguir el cuerpo y mirar a las alturas, tanto dentro como fuera de nuestro interior. Hay que recobrar la firmeza, la serenidad, el amor, la fe. Hay que cambiar la pena por la alegría, la indiferencia por la eficacia, la debilidad por la fortaleza, lo caótico por la armonía.

Esto implica que la apertura del ser humano es la realidad que lo religa, lo posibilita y lo impulsa siempre a realizarse como persona, perfeccionándose y alcanzando su autonomía. La esencia del devenir armónico consiste en ser una actividad ascendente, que se proyecta en y para la vida, en el ser emprendedor.

## Notas

- <sup>1</sup> Fernando Savater, *Ética como amor propio*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1998.
- <sup>2</sup> Pequeño Larousse Ilustrado. México: Edición centenario, 2005.
- <sup>3</sup> Joseph María Puig Rovira, *La construcción de la personalidad moral*. Barcelona: Paidós, 1996, p. 15.
- <sup>4</sup> Jacob Bronowski, *El ascenso del hombre*. s.l.: Fondo Educativo Interamericano. 1983 p. 426-432.

## Referencias

1. Antolínez, Rafael y Gaona, Pío Fernando. *Ética y educación: aportes a la polémica sobre valores*. s.d.
2. Tamayo, Alfonso y Martínez, Alberto. *Ética y educación*. Bogotá: Magisterio, 1997.
3. Bronowski, Jacob. *El ascenso del hombre*. s.l.: Fondo Educativo Interamericano, 1983.
4. Cajiao, Francisco. *Poder y justicia en la escuela colombiana*.
5. Castañeda, Elsa. *Adolescentes al final del siglo: Fragmentación de sensibilidades*. Proyecto Atlántida. Adolescencia y Escuela. Fundación FES, Colciencias, TM Editores, 1995.
6. Pequeño Larousse Ilustrado. México: Larousse, 2005.
7. Escobar Triana, Jaime. "Enseñanza de la bioética general en la construcción de una ética civil: experiencia de la Universidad El Bosque". *Revista Investigación Educativa y Formación Docente*. Año1. No.1. (Mayo 1999).
8. Freire, Paulo. *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa*. s.l. 1999.
9. Morin, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Bogotá: Unesco, Ministerio de Educación Nacional, 1999.
10. Potter, Van Rensselaer. Bioética global y bioética profunda. Cuadernos del Programa Regional de Bioética. Organización Panamericana de la Salud Número 7.
11. Puig Rovira, Joseph María. *La construcción de la personalidad moral*. Barcelona: Paidós, 1996.
12. Spisanti, Sandro. *Bioética global o la sabiduría para sobrevivir*. Cuadernos del Programa Regional de Bioética. Organización Panamericana de la Salud. 1999. Número 7.
13. Vidal, Marciano. *Moral de actitudes*. Tomo Segundo. Madrid: Ediciones Paulinas, 1979.
14. Zubiri, Xavier. *Estructura dinámica de la realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
15. Zubiri, Xavier. *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.